

patria y su ciudad natal y si era de condición libre ó servil: «Soy cristiano,» respondió Sanctus, indicando con ello que el título de cristiano reemplazaba para él la patria, la familia, en una palabra, todo. El legado mandó aplicar sobre los miembros del mártir planchas de bronce calentadas al rojo que abrasaron sus carnes, pero Sanctus no cedía, antes bien, sumido en la embriaguez de los goces celestiales, creía ver salir de los costados de Cristo un manantial de agua viva que le refrigeraba y fortalecía. Cuando lo condujeron de nuevo á la cárcel, todo su cuerpo era una llaga. Algunos días después aquella carne sanguinolenta y tumefacta fué sometida á nuevas torturas, acariciando sus verdugos la esperanza de que su alma flaquearía; pero atormentado por nuevos dolores, Sanctus pareció recobrar su vigor á fin de seguir luchando.

No menos valerosa fué Blandina: era ésta muy joven y delicada, y su señora, cristiana como ella, y todos los demás fieles temblaban de pensar que podía desfallecer; «pero el Cristo, escriben los autores de la carta, quiso demostrar que se complace en glorificar á los que son humildes, viles, despreciados por los hombres,» y Blandina fatigó á los verdugos que de la mañana á la noche se relevaban para infligirle toda clase de torturas y que se confesaron vencidos y admirados de que resistiera tanto aquel cuerpo endeble, lleno de llagas, que debiera haber sucumbido á uno solo de aquellos suplicios. Blandina, sin embargo, «como un generoso atleta,» repetía para animarse y consolarse en la lucha: «Soy cristiana y nada malo hacemos.» El heroísmo de la joven sirviente de Lyon era, como se ha observado acertadamente, la rehabilitación moral del esclavo.

Una de las últimas detenciones fué la del propio jefe de la comunidad, el obispo Potino, que contaba más de noventa años. «Estaba achacoso y sólo parecía vivo porque respiraba; pero cuando lo llevaron al tribunal, sintióse fortalecido por el deseo del martirio que se aproximaba, y aquel cuerpo, agotado por la vejez y por la enfermedad, pareció reanimarse á fin de servir al triunfo del Cristo.» Habiéndole preguntado el legado cuál era el Dios de los cristianos, respondióle: «Ya lo conocerás, si de ello eres digno;» al oír estas palabras los que están cerca de él le golpean con los pies y con los puños, y otros, más apartados, le arrojan lo que hallan á mano. Cuando le volvieron á la obscura é infecta cárcel en donde eran encerrados los cristianos, apenas respiraba; dos días después fallecía.

La instrucción del proceso había terminado y los presos sabían que no debían esperar sino la muerte; pero desde el fondo de su calabozo, desprendidos ya de la tierra, se arrobaban en las visiones de un mundo mejor. El legado, á fin de exponer á los ojos de la plebe sus últimos sufrimientos y su muerte, decidió que fuesen arrojados á las fieras en el anfiteatro construido cerca de Fourviere, cuyo recinto se ha descubierto recientemente (1); Maturus, Sanctus, Attalo de Pérgamo y Blandina desfilaron, pues, por el circo. Delante de Attalo iba un hombre con un cartel que decía: «Este es Attalo el cristiano;» pero habiéndose enterado el legado de

(1) Vachez, *L'amphitheatre de Lugdunum et les martyrs d'Arles*, 1887. Bazin, *L'amphitheatre de Lugdunum*, «Revue archéologique», 1887. Allmer y Dissart, *Inscriptions antiques du Musée de Lyon*, tomo II, 1889, págs. 297 y siguientes.

que era ciudadano romano, título que confería al sentenciado el privilegio de no ser sometido á otro suplicio que la decapitación, mandó que lo condujeran otra vez á la cárcel. Maturus y Sanctus, después de haber sido expuestos á las dentelladas de las fieras, fueron colocados en una silla de hierro calentada al rojo, y en vista de que á pesar de todas estas torturas todavía vivían, se les degolló. En el entretanto, Blandina permanecía atada á un poste: los fieles al contemplarla pensaban en el Cristo crucificado, y habiéndola respetado las fieras, presenciaron la muerte de sus compañeros y fué luego restituida á su prisión.

El legado, antes de proceder á nuevas ejecuciones, consultó al emperador Marco Aurelio, el cual le contestó que era preciso decapitar á los que se declararan cristianos y poner en libertad á los que renegaran. Estas instrucciones fueron cumplidas con exceso: el legado mandó cortar la cabeza á los que eran ciudadanos romanos, destinando á los demás al anfiteatro, en donde se reanudaron los sanguinarios espectáculos en 1.º de agosto, es decir, cuando las fiestas de Roma y de Augusto habían atraído á Lyon gran número de forasteros, sin duda por el deseo de propagar por toda la Galia el odio al nombre cristiano. Los más jóvenes y los más débiles fueron reservados para el final, obligándoseles á presenciar los sufrimientos de sus hermanos á fin de hacer flaquear sus almas: Blandina y un adolescente de quince años, Póntico, hubieron de soportar esta prueba, y cuando, llegado el último día, se les intimó para que sacrificaran á los dioses, negáronse á ello. Estaban solos en medio del circo, y el populacho, á quien no conmovían ni su edad ni su debilidad, profería contra ellos gritos de muerte. Blandina, temerosa de que su compañero desfalleciera, no se apartó de su lado y le confortó haciéndole soportar los tormentos; y cuando Póntico hubo muerto, rebotando de alegría por la proximidad de su fin, corrió espontáneamente al suplicio. Destrozado el cuerpo á fuerza de azotes, expuesta á las fieras, encerrada en una red y entregada á un toro que la lanzó al aire, nada sentía ya, «conversaba con el Cristo,» por lo que fué preciso degollarla. «Los mismos paganos, dice el narrador, confesaban no haber visto jamás entre ellos una mujer que soportara tan crueles dolores.»

La persecución de las víctimas se extendió más allá de la muerte; en efecto, los paganos, sabiendo que el dogma de la resurrección comunicaba á los fieles ese valor para resistir los suplicios y creyendo que aterrorizarían á los vivos si destruían los cuerpos de las víctimas, con lo que éstas, según pensaban, no podrían resucitar, quemaron sus cadáveres y arrojaron las cenizas al Ródano. Entre los paganos, los más compasivos decían con conmiseración: «¿Qué socorro les da Dios? ¿De qué les ha servido esa religión que han preferido á la propia existencia?» Según una tradición que se refería en el siglo VI, las cenizas de los mártires fueron salvadas y los fieles, advertidos de ello por una visión, pudieron darles sepultura.

La Iglesia de Lyon, que logró resistir á la tormenta contra ella desencadenada, tuvo entonces por jefe al sacerdote Ireneo, oriundo de Oriente, como Potino, y discípulo del célebre Policarpo, obispo de Esmirna. Muy pronto fué conocido en todo el mundo cristiano

por su ciencia y su caridad, y la grande obra (1) en que atacó las herejías que en su tiempo pululaban es uno de los más antiguos monumentos de la teología cristiana. Estas herejías habían nacido en Oriente á consecuencia de la mezcla de la filosofía pagana, que estaba en decadencia, y de las ideas cristianas, y se propagaron á Occidente. Con ellas la moral hallábase tan amenazada como el dogma, pues ciertos heresiarcas eran favorables al desorden de las costumbres, y otros, aunque predicaban un rigorismo exagerado, combatían al mismo tiempo la autoridad de los obispos y sacerdotes y reivindicaban los derechos de la inspiración personal, del profetismo. El matrimonio y la propiedad individual eran condenados, y estas doctrinas que concedían gran papel al iluminismo y al éxtasis, seducían al vulgo, y especialmente á las mujeres. Conocidas en la Galia ya en tiempo de Marco Aurelio, tal vez ejercieron alguna influencia entre los mártires de Lyon. Ireneo se lamenta de que en la región del Ródano un gran número de mujeres hayan sido engañadas por estos errores: algunas, dice, han reconocido su falta y hacen penitencia; otras, en cambio, que no se atreven á confesarla, desesperan de Dios. El obispo de Lyon fué considerado como «la luz de las Galias y del Occidente,» título que le da un escritor eclesiástico del siglo V; y gracias á la firmeza y moderación de su carácter pacífico la Iglesia cuando cierto debate amenazaba perturbarla por completo. Las comunidades cristianas no tenían entonces regla uniforme para la fijación de la Pascua, y habiendo el obispo de Roma, Víctor, querido imponer la costumbre de su iglesia, los obispos de Asia protestaron violentamente. Para vencer su oposición, Víctor les declaró separados de la unidad de la Iglesia y entonces Ireneo intervino en la contienda «en nombre de los hermanos á quienes dirigía en Galia,» recordando á Víctor las reglas de la caridad y el respeto á las tradiciones. A pesar de esto, él es el primer escritor cuyo testimonio en favor de la primacía de la Iglesia de Roma puede invocarse: en un pasaje citado con frecuencia declara que la Iglesia fundada por «los gloriosos apóstolos Pedro y Pablo» está en primera fila entre todas y que á ella deben unirse todos los fieles porque mejor que ninguna otra conserva la tradición apostólica.

¿Murió mártir Ireneo? Los relatos de su muerte están mezclados con demasiadas leyendas ó inexactitudes para que podamos aceptarlos con entera confianza. Durante el siglo III, el nombre de Lyon no reaparece ya en la historia de las persecuciones y los destinos de su comunidad, por un momento iluminados por tan viva luz, escapan á nuestro conocimiento.

A fines del siglo II y principios del III existían acá y allá, diseminados en el resto de la Galia, otros grupos de fieles: Ireneo habla, bien que en términos vagos, de las iglesias fundadas en las provincias romanas de Germania y en la Céltica; la existencia de una comunidad cristiana en Autún no admite duda, pues se sabe que un joven de noble estirpe, llamado Sinfiriano, fué de-

(1) Estaba escrita en griego, pero, salvo algunos fragmentos, sólo conocemos de ella una traducción latina: Migne, *Patrologia graeca*, tomo VII. La teología de Ireneo ha sido objeto de numerosos trabajos acerca de los cuales no debemos insistir en este lugar.

capitado por haberse negado á practicar actos de idolatría con ocasión de las fiestas celebradas en honor de Cibele. Además se ha encontrado en aquella ciudad una inscripción redactada en griego, impregnada de ese simbolismo místico, de origen oriental, que veía en la imagen del pez la imagen misma del Cristo (2):

«Oh raza divina del pez celeste, recibe con un corazón lleno de respeto, la vida inmortal entre los mortales; rejuvenece tu alma, oh amigo mío, en las aguas divinas por las eternas olas de la sabiduría que da los tesoros. Recibe el alimento, dulce como la miel, del salvador de los santos; toma, come y bebe teniendo á Ichtus en tus manos. Ichtus, dame la gracia que ardientemente deseo, maestro y salvador; Aschandiús, padre mío, tú á quien quiero con mi tierna madre y todos mis parientes, en la paz de Ichtus acuérdate de tu hijo Pretorio.»

## II.—Las misiones del siglo III y la situación del Cristianismo en la Galia á principios del siglo IV

Escribe Gregorio de Tours que durante el reinado de Decio, siete hombres, después de haber sido ordenados obispos, fueron enviados á predicar la fe en la Galia, según lo refiere la pasión de San Saturnino... He aquí sus nombres: Gatiano, á Tours; Trofino, á Arlés; Paulo, á Narbona; Saturnino, á Tolosa; Dionisio, á París; Austremonio, al país de los arvernios; y Marcial, á Limoges. En otro pasaje indica que esta misión había salido de Roma.

Gregorio de Tours no da acerca de muchos de estos obispos datos concretos: menciona la decapitación de San Dionisio (3) y refiere que Saturnino, atado á las patas de un toro furioso, fué precipitado desde lo alto del Capitolio de Tolosa; en cuanto á Gatiano, uno de sus predecesores en el obispado de Tours, habla de él más extensamente y hasta señala como fecha de su venida el primer año del reinado de Decio, relatando que á veces tenía que esconderse para sustraerse á los ataques de los «poderosos» que le colmaban de injurias, y que celebraba secretamente los domingos el oficio divino en las criptas. «Así vivió en Tours cincuenta años, según se dice, muriendo tranquilamente y siendo enterrado en el cementerio del barrio cristiano. Después de él, la sede episcopal estuvo vacante durante treinta y siete años.» Un discípulo de estos obispos, Ursino, fundó, al parecer, la iglesia de Bourges, reclusando sus adeptos entre los pobres; un personaje ilustre, Leocadio, que pertenecía á la familia de uno de los mártires de Lyon, Vettius Epagathus, abrió su casa á los fieles para hacer de ella un templo. Todo cuanto concierne á esta evangelización del siglo III es, sin embargo, singularmente obscuro y el testimonio de Gregorio de Tours no tiene un valor cronológicamente exacto, así es que si bien se sabe con certeza que existían varios obispados en Provenza, Arlés, Marsella, Vaisón, Niza, Orange y Apt, en cambio nada se conoce con seguridad de cuanto se refiere á la Aquitania antes

(2) Las primeras letras de las palabras Ἰησοῦς Χριστός Θεοῦ υἱὸς σωτήρ, «Jesu Cristo hijo de Dios, Salvador,» forman la palabra ἰχθύς, que significa pez.

(3) Respecto de la tan discutida leyenda de San Dionisio, véase, en último término, J. Havet, *Les origines de Saint-Denis*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» 1890, pág. 25 y siguientes.

del siglo IV: en 314 hay obispos en Burdeos, Eauze y Gabales. En otras partes, algunas iglesias, como las de Ruán, Sens, París, Reims y Autún, son, al parecer, más antiguas; y en la región renana, en Tréveris y en Colonia, encontramos obispos desde principios del siglo IV, siendo probable que el cristianismo fuese llevado allí durante el siglo III por las legiones en aquellos puntos acantonadas ó por los comerciantes extranjeros (1).

A principios del siglo IV, cuando Diocleciano y Galerio emprendieron en Oriente una guerra de exterminio contra el cristianismo, los fieles de las Galias disfrutaron de relativa calma. Constancio Cloro, que ejercía en este país el poder imperial, no era un soldado afortunado como sus colegas: hombre de espíritu moderado y hábil administrador, no quiso, al parecer, poner en práctica las medidas que repugnaban á la suavidad de sus costumbres y que alarmaban su sentido político, y para conformarse en apariencia con los edictos promulgados por Diocleciano y por Galerio, mandó destruir algunas iglesias, pero no persiguió á las personas. En Oriente, el número y la importancia de los cristianos podían alarmar hasta á un político sereno y reflexivo como era Diocleciano; pero en la Galia, diseminados como se hallaban en diversas ciudades, no inspiraban los mismos temores. Esta diferencia de situación ayuda á comprender la conducta de Constancio Cloro, respecto de quien ninguna prueba existe de que abrazara el cristianismo ni de que demostrara hacia éste otra cosa que una benévola curiosidad. En cambio, su hijo Constantino, cuando en 312 fué á disputar la Italia á Maxencio, declaróse aliado y protector de los cristianos y puso en sus estandartes el monograma de Cristo, promulgando después de su victoria el edicto de Milán que, al proclamar la libertad de conciencia, otorgó á aquéllos el derecho de existir, de poseer y de celebrar sus ceremonias religiosas. De modo que el cristianismo, si no era todavía el culto oficial, era el culto protegido; en adelante, la Iglesia podría apoyarse en el Estado para continuar la conquista religiosa de la Galia, pero su tarea debía ser allí más laboriosa que en la mayoría de las otras regiones del imperio (2).

En Galia, como en todas partes, el culto de las primeras comunidades cristianas era sencillo:

«El día del sol, escribe el apologista Justino, los que habitan en las ciudades ó en los campos se reúnen en un mismo lugar, y allí leen, en cuanto el tiempo lo permite, las memorias de los apóstoles ó los escritos de los profetas. Después el lector se para y el que preside toma la palabra para dirigir una exhortación é invitar á que

(1) Por esta época la contienda del novacianismo agitó á toda la Iglesia. El antipapa Novaciano se había puesto al frente de los rigoristas que no querían que se perdonase á los que se habían mostrado débiles durante las persecuciones. En la Galia tuvo por partidario al obispo de Arlés, Marciano; en cambio, Faustino, obispo de Lyon, y sus colegas galos se declararon en contra suya, de acuerdo con el papa Esteban y con Cipriano de Cartago, el gran adversario del novacianismo.

(2) La última evaluación es la de Harnach, *Die Mission und Ausbreitung des Christentums in den drei ersten Jahrhunderten*, 1902; en ella se distinguen (págs. 540 y sig.) cuatro categorías según la mayor ó menor densidad de la población cristiana y se clasifica á la Galia en la 4.<sup>a</sup> (unos 10.000 cristianos en conjunto), excepto la costa del Mediterráneo que es incluida en la 2.<sup>a</sup>

se sigan los hermosos ejemplos que acaban de citarse, hecho lo cual todos se levantan y rezan. Finalmente, una vez las preces terminadas, se trae pan, vino y agua, el presidente ora y da las gracias tanto tiempo como puede y el pueblo responde *amén*. Se distribuye á cada cual su parte de los elementos bendecidos y á los ausentes se les envía la suya por mediación de los diáconos.»

Las controversias teológicas, sobre todo en Oriente, eran sutiles; en cambio las creencias populares eran poco complejas: Cristo aparecía á los ojos de los fieles como un protector dulce y familiar, bajo el aspecto del Buen Pastor; entre los dogmas, encantábanles el de la redención y el de la resurrección; la muerte para ellos no era más que un sueño y, según las expresiones tan frecuentes en las inscripciones de la Galia, dormíanse en la paz para resucitar con Cristo y vivir junto á él, á los mártires y á los santos; y el Paraíso, tal como se lo figuraban, era un hermoso jardín lleno de luces, de flores y de perfumes, con tiendas en las cuales brillaban el oro y las piedras preciosas.

Sin embargo, en la sociedad cristiana desarrollábanse ya multitud de gérmenes de desorden y de corrupción. El sínodo de Elvira, celebrado allá por el año 300, da á conocer los males que aquejaban á las comunidades de España y que seguramente no debían ignorar las de la Galia, tan próximas á ellas: muchos fieles flaqueaban, aun fuera de las épocas de persecuciones; algunos neófitos, después de bautizados, volvían á rendir culto á los ídolos ó aceptaban cargos de flamines que les obligaban á tomar parte en los sacrificios; había entre los cristianos libertinos, adúlteros, proxenetes, usureros; vírgenes consagradas á Dios olvidaban sus promesas, y hasta varios sacerdotes daban ejemplo de costumbres licenciosas. El cristianismo, á medida que conquistaba mayor número de adeptos, perdía algo de su pureza primitiva; el ensueño de almas sencillas enamoradas de la justicia y de la bondad, transformábase en una institución imperfecta accesible, como toda obra humana, á las pasiones.

### III.—San Martín

Durante el siglo IV cambia el carácter de la lucha entre el cristianismo y el paganismo: el cristianismo no es todavía una religión de Estado, pero es la religión de los emperadores que con todo su poder favorecen sus progresos, y ya no se contenta con salvar las almas, sino que quiere dominar el mundo. Por el contrario, el paganismo debilitado no conserva sino las vanas apariencias de un culto oficial y muy pronto se convierte de perseguidor en perseguido. En efecto, los sucesores de Constantino, estimulados por los obispos, promulgan edictos mandando cerrar los templos y prohibiendo los sacrificios y en 408 Honorio encarga á los obispos mismos que cuiden de que tales disposiciones sean ejecutadas.

Estas medidas violentas eran de aplicación difícil, pues los paganos formaban la gran mayoría y continuaron, por consiguiente, practicando sus ritos. En la Galia, en donde había regiones enteras sin comunidades cristianas, las que existían no se hallaban todavía al

abrigo de persecuciones locales. En Tours, «á causa de la oposición de los paganos,» estuvo vacante el obispado desde principios del siglo IV hasta la muerte de Constantino. «Los cristianos, en aquella época, celebraban el oficio divino secretamente y en escondrijos, porque si algunos de ellos eran sorprendidos veíanse maltratados á golpes ó ejecutados con la espada (1).» La evolución religiosa que los emperadores realizaban exasperaba á los paganos, los cuales, en muchos lugares, se entregaban á represalias. En 323 Constantino adopta medidas contra los que obliguen á clérigos ó á cristianos á tomar parte en los sacrificios lustrales. La plebe, excitada contra los fieles, encontraba auxiliares en los magistrados municipales, siendo inútil que los cristianos se dirigieran á los funcionarios, porque muchos de éstos, aun los de los grados superiores de la jerarquía, eran paganos.

Peor todavía era la situación del cristianismo en el campo. La palabra *paganus*, habitantes del *pagus*, del campo, aldeanos, en oposición á los habitantes de las ciudades, tuvo desde el siglo IV un significado religioso; en efecto, esos *paganus* son los paganos afectos á los antiguos cultos. A fines de aquel siglo, aun había grandes burgos que no contaban con un solo cristiano, á pesar de las activas predicaciones. Tiempo hacía que el druidismo había perdido su vitalidad, pero de la mezcla de mitología romana con la mitología céltica resultó una religión popular cuyos monumentos abundan en nuestro suelo, aun cuando la interpretación de los mismos sea todavía oscura. El mismo idioma era un obstáculo á los esfuerzos de aquellos que querían evangelizar á las poblaciones rurales, y así lo reconoce Ireneo en el prefacio de su tratado *Contra las herejías*, pues el uso de la lengua céltica no había desaparecido por completo en el siglo IV (2), y en la Galia, los restos de los dialectos indígenas se mezclaban con el latín popular y hacían más difícil para los extranjeros la inteligencia del mismo.

Para que el cristianismo penetrara entre la gente del campo, era precisa una evangelización activa y ardiente; á ella se dedicaron numerosos misioneros, entre ellos San Martín de Tours cuya fama eclipsó á la de todos los demás. Débese la celebridad de este santo á la energía de su celo apostólico, pero también al entusiasmo de uno de sus discípulos, el aquitano Sulpicio Severo (3). La vida de San Martín escrita por Sulpicio Severo hacia el año 400, fué muy popular en la Galia, en donde llegó á ser un modelo de esa literatura hagiográfica en la que la historia se halla con harta frecuencia substituída por los relatos maravillosos. El propio autor añadió á ella nuevos rasgos en unos *Diálogos* cuyo héroe es también San Martín, y en tres de sus cartas ocupóse de la muerte del santo. Esto no obstan-

(1) Gregorio de Tours, *Hist. Francorum*, I, 48.

(2) Respecto de estos diversos puntos véase el presente tomo, página 199.

(3) La mejor edición de las obras de Sulpicio Severo es la de Halm, 1866, que forma parte del *Corpus script. eccl.* de la Academia de Viena. Respecto de San Martín, véanse: Reinkens, *Martin von Tours*, 1866; Lecoy de La Marche, *Saint Martin de Tours*, 1881 (insuficiente como crítica); Bulliot, *Mission et culte de Saint Martin d'après les légendes et les monuments populaires dans le pays éduen*, *Mémoires de la Société éduenne*, 1888; Bernoulli, *Die Heiligen der Merowinger*, 1900, libro I, capítulo I.

te, la historia de San Martín presenta todavía muchos puntos oscuros, y el mismo Sulpicio Severo confiesa que se le acusaba de haber exagerado y aun mentido algunas veces.

San Martín nació en Sabaria (Pannonia) de padres paganos; su padre, soldado romano, había llegado al grado de tribuno. Su infancia transcurre en Pavía; convertido al cristianismo, entra contra su voluntad en el ejército, en el que hace vida casta y sobria; caritativo con todos, en Amiéns parte en pleno invierno con la espada su capa, para dar la mitad de ella á un pobre. Con motivo de una invasión bárbara, llámanle para entregarle una gratificación que él rehusa declarando al emperador que es soldado de Cristo y pidiendo su licencia; entonces se le acusa de querer substraerse al peligro, á lo que él contesta: «Puesto que se atribuye mi conducta á cobardía y no á la fe, mañana me colocaré al frente de la línea de combate sin armas, y en nombre del Señor Jesús, protegido por el signo de la cruz, no por un escudo ó por un casco, me lanzaré sin temor en medio de las filas enemigas.» Mas no tuvo ocasión de cumplir esta promesa, porque al día siguiente el enemigo solicitó la paz. Cuando dejó el servicio de las armas, y después de haber visitado á San Hilario, obispo de Poitiers, hizo el aprendizaje de la vida religiosa y ascética, y en 372 el entusiasmo popular elevóle, á pesar suyo, al episcopado de Tours: entre los obispos que tomaron parte en la elección, algunos no querían á ese asceta «cubierto de harapos, mal peinado y cuyos ademanes carecían de nobleza;» de suerte que fué verdaderamente el elegido del pueblo.

Martín no es ni un gran teólogo ni un gran orador. Como apóstol, conserva aún de su vida militar cierta rudeza de carácter; agrádale la acción, y alistado en el ejército de Cristo, entabla una guerra sin cuartel contra el paganismo. Pero es al mismo tiempo un ardiente adepto de la vida monástica: á dos millas de Tours, en un sitio agreste entre la vertiente de una colina y el Loira, funda un monasterio y allí se establece en una celda de madera, acompañado de ochenta discípulos que en su mayoría habitan en grutas abiertas en la roca. En aquel convento se practica la comunidad de bienes y no se ejerce ningún oficio, salvo la copia de manuscritos; la vida es dura y la alimentación frugal, no obstante ser nobles muchos de aquellos ascetas. Aquel monasterio de Marmoutier fué una especie de seminario episcopal, cuya influencia se extendió por toda la Galia: «¿Qué ciudad había, en efecto, dice Sulpicio Severo, que no deseara tener por obispo á un monje del monasterio de Martín?»

De allí parte éste para emprender audaces expediciones contra el paganismo, visitando burgos y campiñas en donde el cristianismo es desconocido y atacando antiguos y ricos santuarios, centros de cultos todavía vivos, para convertirlos en iglesias y monasterios. Más de una vez le amenazan verdaderos peligros; así en la comarca de Autún los labriegos se arrojan sobre él y uno de ellos tiene ya la espada levantada para herirle cuando, según Sulpicio Severo, un milagro lo derriba al suelo. Las curaciones maravillosas señalan su paso por los pueblos, y las multitudes se convierten y piden el bautismo. Es difícil determinar con exactitud las regiones por él evangelizadas, pues Sulpicio Severo se